

LA ROMERIA DE SAN ANTONIO.



DE MONDRAGON Á URQUIOLA.



(Á mi querido amigo D. Antonio Arzác, con motivo de sus días).



¡Egualdi ederra! Esta exclamacion, pronunciada con todo el entusiasmo que inspira el gusto de comunicar una nueva deseada con vehemente impaciencia, nos despertó el día trece, cuando apenas habrían sonado las tres de la madrugada; día y hora en que esa misma exclamacion se oyó ciertamente con igual placer en mil hogares bascongados, desde el Duranguesado al valle real de Léniz. y desde los campos de Arratia á las anteiglesias de Aramayona. No nos habia engañado el barómetro indicando *buen tiempo*, en medio de las lluvias de los días anteriores, con una constancia que á la par alentaba nuestra confianza y servía á los incrédulos para zaherirnos con punzantes sátiras, ante el contraste que con el estado atmosférico á la sazón ofrecía. Pudimos pues repetir en tono de victoria

Nocte pluit totâ: redeunt spectacula mane

y reunirnos en la plaza de Mondragon nueve amigos, jinetes en sendos burros. Montaba yo uno famosísimo, el *Bernardo*, cuyo nombre es en la vega de Musácola más conocido y celebrado que los de Bucéfalo, Orelia, Babieca y Bayardo en las crónicas y romances caballescros. En alegre caravana emprendimos la marcha con rumbo á Urquiola, al compás de un aire basco que ejecutaban marcialmente

dos diestros *chistularis*, Ibán y José Antonio, acompañados de Julian, mi solícito y puntual asistente, en cuyas manos vibraba con rítmica armonía una resonante pandereta comprada *ad hoc* en las féricas de Vergara. Seguía á la cuadrilla el tren de víveres, á cargo del irremplazable cocinero de campaña *Pericocho*.

Fresca niebla, prenda segura de un hermoso día, cubría los valles y acariciaba nuestro rostro. A la tibia luz de la aurora atravesamos Urizarri y Garagarza, llegamos á Santa Agueda, donde, dejando la carretera, tomamos el monte, para cruzar aquellos agrestes desfiladeros que la naturaleza ha llenado de encantos y la fantasía popular ha poblado de hadas y de lámias, convirtiéndolos en escena de poéticas leyendas. Empinada y penosa es la cuesta de Zabolain que viene luego; pero en su cumbre encontramos cumplida recompensa. Habíamos dominado ya las nieblas; gozábamos de la luz del día en toda su plenitud; y donde quiera que dirigiéramos la mirada. se ofrecían á nuestros ojos las verdes laderas de las montañas surcadas de sendas, y las sendas llenas de romeros: los hombres con la *makilla* en una mano, al hombro el paraguas del que pende la maleta de provisiones; las mujeres llevan su cestita al brazo revelando en su traje el aseo y la compostura; las jóvenes lucen sus más vistosas galas; cubren su pecho con lindos pañuelos de seda, y anudada la saya á la cintura, ostentan los variados colores de sus dobles faldas.

Es este el punto en que se unen las tres provincias bascongadas y allí, por opuestas vertientes, los romeros de diferentes comarcas se contemplan á larga distancia, á travás de los barrancos que los separan, y desahogando la alegría que rebosa en su pecho, se saludan con un agudo y estridente *ujú...jú...* espectáculo conmovedor que tiene por teatro una de las regiones más quebradas y pintorescas del país, y en la cual moles inmensas de imponente grandiosidad, dibujando artísticos contornos en el espacio, traen á la memoria del viajero los sublimes paisajes de los Alpes, según expresión de un ilustrado escritor científico. Altiva y perfecta pirámide se eleva al centro la peña de Amboto, en cuyos cóncavos senos tiene su morada la celebre Dama, Doña Urraca de Castilla, condenada á espiar allí su licenciosa vida. A nuestra derecha se alza el Udalach que, con su base ceñida por las nieblas matinales, parece una arrogante nave flotando sobre las olas del mar; y va unido también al recuerdo de otro penitente legendario: Martin Abade, que recorre con sus perros la montaña en perpétua

cacería. A nuestra izquierda las rocas de Ipiste semejan un castillo coronado de almenas puesto en aquel confin para defensa del suelo bizcaino; por cuyas libertades derramó allí, y no en vano, su sangre generosa la heroica prole de Amáandarro,

Gratamente entretenidos con tan soberbios panoramas, que á la vez recrean la vista y deleitan la imaginacion, llegamos al puerto de Amboto-ondo, verde planicie tapizada de finisimo césped que se extiende entre las peñas de Ipiste (llamadas tambien Achin) y Amboto. Este puerto es el sitio estratégico á que concurren los romeros de distintas regiones que momentos antes por opuestos lados se contemplaban á distancia; y, allí, formando diversos corros, se vacian las maletas; se extienden blancos manteles sobre el campo; se compra vino en la rústica taberna establecida para este dia en aquellas alturas y se saborean en amor y compañía las primeras provisiones: almuerzo suculento sazonado por el buen humor y por un voraz apetito, condimentos ambos de valor inapreciable. Se encuentran conocidos de diferentes pueblos; se agregan nuevos é inesperados camaradas á la comitiva; refiérense los lances de la equitacion asnal; y el *Bernardo* y sus colegas, entregados á las delicias del pienso, descansan de sus fatigas; hasta que vuelven á sonar los chistus y la pandereta y, rodeados de numeroso sequito, reanudamos la marcha.

Atravesamos una estrecha senda sombreada por exuberante follaje; entramos en un camino despejado y nuestra vista se explaya por la extensa llanura que ante ella aparece. En primer término se destaca Olaeta, cón sus casas ocultas entre frondosos árboles; y, allá en el extremo meridional de la vega, la villa de los herreros cantados por Vicente dé Arana, Ochandiano, que á su vez ha dado á la pátria Euskara, un elegiaco cantor de sus gloriosas ruinas, el laureado Felipe de Arrese. La vista salta por cima de los collados que limitan esta vegá y alcanza las extensas llanadas alabesas, donde se columbra la ciudad de Vitoria con sus tres torres principales y las aldeas sin cuento que la rodean. Vése luego una encadenada série de montañas, y en el último extremo, las peñas castellanas de Pancorbo. Más hácia la derecha el Gorbea ocultaba su nevada cumbre entre las nubes; y la zona minera de Somorrostro, los picos de Serantes y el mar Cantábrico permanecian cubiertos por las brumas del Norte.

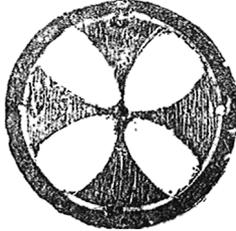
Sigue á este camino la rápida pendiente de Asunza, con sus añosas hayas de ancha copa y descubiertas raíces; al pié de ella una pradera

cuyo color envidiaría la esmeralda y un fresco manantial. Termina la pradera en una loma prolongada, última cresta que nos queda por dominar. ¡*Aurrerá mutillak!* que al llegar á su cúspide avistamos ya Urquiola. Trepamos la colina, ganamos su cima y, á vista de pájaro, contemplamos el venerando Santuario y en su derredor, un inmenso hormiguero humano, abigarrado conjunto cortado á trechos por largos trozos de blanca lona; parece que un ejército ha acampado en Urquiola. Por todos los extensos contornos que la vista abarca desfilan nuevas huestes en direccion á aquel campamento: huestes pacíficas de inofensivos romeros; campamento dichoso en el que solo imperan la piedad y la alegría. ¡Qué hermosa perspectiva! Los ojos se van tras ella y los piés quisieran correr tanto como los ojos; así es que, por la cuesta abajo, se lanza la juventud ébria de entusiasmo. Saltan, brincan y cantan las *neskatillas* y asidas de las manos descienden en rápida carrera... seguimos embelesados sus huellas; ya se oye la campana de San Antonio, ya nos vamos acercando; ya se conocen más distintamente los objetos; ya se perciben también los acordes de las dulzainas y tambores.... cuatro pasos más y estamos en Urquiola.

El reloj señala las nueve y media, cuando hemos llegado al término de nuestro viaje.

La animación, la vida y la alegría palpitan en aquella muchedumbre de hombres y mujeres de todas edades. Nadie se ocupa de dar descanso á sus piernas, sujetas por tantas horas á continuo ejercicio; lo primero es visitar al Santo, dedicarle fervientes preces, y mientras no se llena este deber no hay paz para las conciencias, ni se disfruta de los goces que la fiesta ofrece. La entrada de la ermita es punto menos que inaccesible; los espaciosos pórticos apenas pueden contener la gente que por ellos circula; á duras penas conseguimos llegar hasta el dintel del sagrado recinto y entonces nos cuesta indecibles trabajos el trasponerlo. La ancha nave de la ermita es sobrado mezquina para la multitud de gentes que acude ante San Antonio; y, en medio de tanta aglomeración que obliga á los fieles á encaramarse sobre las puertas y sobre los confesonarios, es notable el orden que se observa y la reverente actitud que todos guardan durante la misa. Nada más grato al alma del creyente, que después de haber admirado por largo espacio las maravillas de la creación, llena de gratitud hacia el Supremo Hacedor, contempla entonces la fé y la piedad inquebranta-

alguna; pero campea en ella con expresivo silencio el signo de la redencion esculpido en esta forma:



Al anochecer llegamos á Santa Águeda; y allí se formó de nuevo la cabalgata; monté el *Bernardo* (pues habia hecho á pié la vuelta de Urquiola, como tambien parte de la ida) y al trote asnal cruzamos Garagarza, cuando en su esbelta torre daban las campanas el toque del «Angelus» y pasamos por Uribarri bajo las sombras nocturnas, oyendo resonar el último *ujjú* que repercutía de monte en monte y que sentiremos repercutir en nuestro corazon entre las más puras é indelebles impresiones de la vida. A las nueve entramos en Mondragon, donde nos aguardaban las demostraciones de la amistad y las dulces afecciones de la familia.

JUAN CARLOS DE GUERRA.

Mondragon, Junio de 1889.

